

REGRESO

Abandonado, librado a toda tu impaciencia,
a los ojos que te sobran,
no quieres regresar, pero regresas:
tus brazos sueñan recoger a la que aguarda,
rosas marchitas en sus manos.
Porque quizá te haya esperado toda esa noche
(sus ojos no te verán a medida que te acercas).

¡Llámalala!

Llama a la que te aguarda devorada de noches, sobre una piedra helada,
llama a la dormida sobre su lámpara sin óleo
y que ya no te mira.

<https://doi.org/10.29393/At409-157LLJC10157>

JAIME CONCHA

LLEGA LENTA LA TERNURA...

Llega lenta la ternura
y está clara la casa,
todo ha comenzado apenas
a través de la mirada de los vidrios.
Y no hay nadie habitando nuestro espacio,
nadie llega, ninguno está invitado,
sólo un ramo húmedo que desciende lento,
una sangre precisa...

La ternura anda lenta
con sus pasos
por el piso camina,
cómo avanza esta amiga,
cómo se queda.
Ya se va, se despide,
habla apenas, no nos besa,
sólo queda la mancha de su ausencia
más acá de la puerta.

DICES ARBOL...

Dices árbol
y estás distante de ti mismo.
Dices calle
y estás lejano de andar
por tanto pavimento silencioso.

Dices mujer
y llegas tarde a tu tiempo,
como si hubiera sólo frío en nuestro espacio
sin presente.

¿Dónde está la ternura?
¿Existió, o era acaso
la sombra apenas musitada
de un engaño?
Nunca has podido, nunca has sabido
alcanzar la vehemente identidad del corazón.
Porque siempre hay dos cauces,
porque siempre se rompe
ese secreto vínculo preciso,
el único, mi hermano, que es el nuestro,
el único que amamos,
dónde alienta la dicha
suavemente organizada más allá de
las manchas que nos duran.

Mujer, hermano mío,
juntémonos aquí,
en este único rincón que apenas queda.
—Cuidado con el rostro de la lluvia.

MORADO . . .

Morado, tú me llegas
lento como las tablas de una casa.
Culpablemente, a veces,
en el rostro.
Mancha nuestra.
te me alejas, pero soplas
como si todo el olor de lo que odias,
como si todo lo innoble
viniera a habitar entre nosotros.
Y la ternura se convierte en odio,
nos consagran, nos ungen,
a unos para siempre y ¡basta! para otros.
No es morado el viento ni los mares que flotan
ni es morado el color de las violetas.
Morado es sólo el halo de los canales
más turbio del infierno,
morado es ese aliento —¡cómo lo hueles!—,
se te metió en las sienes,
morado es la sangre deleznable . . .

Y este odio terrible ¿lo inventaron o existe?
¿Existe, acaso, también,
como la evidente necesidad de la ternura?
Nos urgen, nos consagran,
vil morado,
morado santo,
santo,
santo,
morado que envileces.

SE ALZARON LAS VIEJAS PENITENTES ...

"Se alzaron las viejas penitentes,
a las seis de la mañana,
con sus rodillas sucias como grietas,
a comerse, leonas, a Su carne".

Al salir del templo, entonces,
el viento, ese invisible soberano,
me dio en la boca un beso
de transparente maravilla
y su duro poder sobre las cosas.

LUIS ANTONIO FAÚNDEZ

ACERCA DE LA NAVE DE LEBU

¿Por qué tan inmóvil
paloma muerta en tu vuelo?
¿Cuánto mar cabe en ti,
cuánto mar hiciste tuyo, en tu edad vigorosa de planeta?,
cuánto tiempo tienes en tus partículas dormidas,
cuánta historia en tus bodegas,
cuánta historia que llevas y sostienes
inmutable en tu destino?
Albatros
caído por la presión del viento
por el dolor y el hambre
por amar demasiado a la mar y a los puertos.